

LOS FAVORES DEL MUNDO.

Parte es ó hijuela del pensamiento de *La Vida es sueño*, el incorporado en esta pieza, que nos presenta la inestabilidad de las cosas humanas, á fin de que ni la suerte próspera nos haga confiar y engreir, ni la adversa decaer y desalentar, como quiera que ninguna de las dos puede ser en la vida subsistente y duradera; que ha mucho tiempo dijo el cantar:

No hay mal que no se acabe,
Ni bien que dure.

La idea de Calderon, más trascendental y dramática, abraza é induce á la vida futura, negando toda significacion é importancia á la presente, sueño solo y prolongada ilusion. La idea de Alarcon, más cómica y más práctica, no cuenta con la otra vida: bástale ésta para hacernos ver, que en su revuelto curso, ofrece sobrados ejemplos de que no debemos abandonarnos á la confianza en la duracion de lo que nos halaga, ni al temor de la perpetuidad de lo que nos mortifica.

Muestra desde luego este pensamiento su compleja unidad, que ha de desenvolverse en numerosa variedad de contrastes, porque solo ellos pueden mostrar la versatilidad de los favores del mundo. Y si hubiéramos de trazar límites entre lo dramático y lo cómico, donde y conforme suelen entenderse en el día, habríamos de llevar este pensamiento á la jurisdiccion del drama, mejor que á la de la comedia, puesto que entraña situaciones de fortuna y desgracia positivas, no simplemente apreciadas tales por las personas que las atraviesan.

García Ruiz de Alarcon es aquí el principal personaje. Por su medio quiso el autor noticiarnos la alcurnia de su familia: y si, como en los suyos, se creyese en nuestros tiempos, que con la nobleza se heredaba el valor, y con el valor todas las demas virtudes, pudiera envanecerse D. Juan Ruiz de contar entre sus mayores, mozo tan aventajado.

La bondad que trae á la vida dramática, pintada está con decir que, hallándose sobre su enemigo con la daga levantada para matarle, como pinta la historia á D. Enrique de Trastamara sobre D. Pedro el Cruel, la recoge y le perdona, porque habia invocado el valimiento de la Virgen, con quien, segun sus palabras, no podia ser *descortés*. El respeto á la Señora era freno más poderoso, que la devocion á la Santa de las santas.

Cuatro simpatías, ó aficiones más bien, le granjea este gallardo proceder; la del perdonado D. Juan de Luna, que corresponde siempre hidalga y valerosamente á su obligacion: la del príncipe, que le honra y eleva al colmo de su privanza: la de Anarda (á quien principia á galantear el príncipe) que pára en amor: y la de Julia, que se torna pasion agitada y descompuesta.

Tales son los instrumentos que labran los favores y reveses de D. García: dos las únicas escalas que sube ó rueda para llegar á ellos: el amor y la privanza. Las subidas y bajadas ó alternativas, que constituyen la marcha de la comedia, son bastantes y bien motivadas, para que no resulte pobre ó escasa la accion, que camina con regularidad progresiva, oportunamente dispuesta y desembarazada.

Es notable el carácter del príncipe, cuya bondad y consecuencia no se alteran, más que en circunstancias y por motivos muy fundados.

Anarda y García tienen cada cual una mancha en su conducta, que viene á ser una falta de unidad en su carácter. Aquella, sencilla de suyo, bondadosa, digna, á veces discreta y noblemente delicada ofrece al comienzo, con pedir al príncipe que prenda á García, una resolucion y trastienda

que desmiente su conducta posterior; y la prision además es recurso grave, no cómico, impropio del amor, duro para la persona, y humillante y dañoso para la fama.

En cuanto á García, en el acto del desenlace, el agradecimiento, la galantería y el respeto monárquico pudieran llevarle á decir, que aunque amase á Anarda con extremo no la tomaria en matrimonio contra el gusto del príncipe; pero declararle á ella que no se casa, porque le ama, sino porque aquel lo consiente, es poco sincero y no añadimos poco galante, atendiendo á que tambien el amor español se arrodillaba ante la monarquía. No es tampoco leal argüir al príncipe con sofismas, para convencerle de que él, García, pensaba que no habia de negarle, como favorito suyo, lo que estaba dispuesto á conceder á otro, cuando lo concedido era la mujer á quien el príncipe queria y esperaba poseer, caso de que hubiese ido á poder del conde.

Por lo que hace á Julia, sus invenciones y enredos ingeniosos, audaces, complicados y de alto mérito en sí, serian de muy buena ley cómica, á no redundar exclusivamente en provecho propio, y á no ser este provecho el matrimonio nada ménos; negocio que no se presta á tales supercherfías, fraudes y escamoteos.

D. Juan en tanto, oscurecido por el subalterno lugar que le depara la accion, es un tipo de hidalguía y lealtad sin mancha, en punto alguno de su vida, hácia el que perdonó la suya, beneficio que nunca olvida y retribuye cuantas veces puede, con fecundo agradecimiento y hácia el príncipe, que le dispensa su confianza, que paga con sanos y útiles consejos.

Dos hechos componen el desenlace de esta comedia, distinguida por más de un concepto. La boda de Anarda con García y la reconciliacion de éste, con el príncipe que le habia desterrado. Solucion es esta que, á mi ver, salva la unidad de accion, que debe alcanzar al desenlace, y que viene anteriormente mostrándose, en continuada alternativa de favores y reveses. Porque no son estos dos hechos homogéneos, no son dos favores: serálo sin duda el casamiento con Anarda,

pero la gracia del príncipe es un revés. Un hombre como García, sin intrigas ni pretensiones, nada podía obtener de ella más que un riesgo y una pesadilla para su amor y para su honra, mucho más viviéndole agradecido, constándole que amaba á su mujer y que hubiera intentado poseerla, si hubiese sido del conde. La unidad requería, pues, en el desenlace que García lograra su amor: pero que este amor tuviese sobre sí tan temible amenaza. Sin ella, correspondido, seguro y legalizado, entre las bienandanzas de la otra vida pudiera contarse, no entre los *favores del mundo*.

Citar los hermosos versos que esta comedia contiene, las chispas de ingenio con que brilla, y lo culto de la elocucion que la anima, sería trabajo, que aún prolongado y difuso, habia de ser imperfecto, menoscabando en mucho el mérito del autor.

LAS PAREDES OYEN.